

Momento cultural: cine

San Salvador es una de las capitales centroamericanas cuyos habitantes mantienen al cine después del fútbol, en el segundo lugar de sus preferencias lúdicas.

Si bien los cines ubicados en las zonas residenciales medias y altas recogen diariamente una significativa cuota de espectadores, sobre todo durante las funciones nocturnas, son las salas del casco céntrico capitalino el lugar donde se desarrolla la mayor actividad cinéfila.

De lunes a viernes, sobre un horario extendido entre las 9.30 a.m. y las 6.15 p.m. hora de inicio para la última función, va a tales salas un amplio contingente de espectadores compuestos por mano de obra desocupada, estudiantes y personas que llegan desde los departamentos hasta la capital para estar en ella durante algunas horas por diversos motivos.

Durante el fin de semana, se adicionan a aquel grupo todos los empleados y trabajadores habitantes en las zonas populares quienes, en compañía de sus familias y amigos, se trasladan al centro de la ciudad en procura de diversión.

San Salvador, por otra parte, posee una de las mejores infraestructuras cinematográficas del área centroamericana, visto el hecho desde el ángulo cuantitativo. Durante la segunda quincena de julio del año que va corriendo, la programación cinematográfica ofrecida a través de los periódicos daba cuenta de 32 salas abiertas. De ellas, 16 (50%) están concentradas en el casco céntrico de la ciudad, mientras la otra mitad se distribuye entre las zonas residenciales medias y altas.

Las 16 salas céntricas y 3 más ubicadas en zonas relativamente próximas, ofrecen programaciones extendidas entre las 9.15 a.m. y las 6.15 p.m. hora de inicio para la última función. Esto significa un total de 19 salas (59.4%) con programación corrida durante la mayor parte del día; a ellas se agregan 13 (40.6%) cuya programación se inicia a las 3.45 p.m. y, por las zonas donde están ubicadas y el tipo de público que las frecuenta, se extiende hasta las 8.45 p.m., hora de inicio para la última función. (Cfr. *La Prensa Gráfica*, 22 de julio de 1988, págs. 78 a 87).

Tales datos informan, con toda evidencia, sobre una óptima infraestructura cuantita-

tiva para la actividad cinematográfica. Cualitativamente hablando, el panorama viene a ser otro.

A un público tan afecto al cine como el capitalino, debería ofrecérsele material cinematográfico excelente capaz de ir potenciando y refinando su gusto estético. Ocurre lo contrario. Las empresas exhibidoras más bien envilecen tal gusto y luego lo explotan a través de una crecida oferta de filmes de pacotilla.

Los filmes lenocínicos —llamados habitualmente "sexicomedias,"— las "artes marciales" en su forma más deleznable, la estereotipada "aventura de guerra," la "aventura detectivesca" también estereotipada, el "dramón" mejicano amazotado y la "comedia" mejicana de pésimo gusto, son los productos habitualmente ofrecidos al espectador quien termina por convertirse en un abotagado y poco crítico consumidor de cualquier especie fílmica.

De 49 filmes ofrecidos por las empresas exhibidoras para el penúltimo fin de semana de julio, 37 (75.5%) caían con toda claridad en las categorías antes dichas. Algunos de los títulos ofrecidos eran, en la línea de los filmes lenocínicos (15 títulos en total): *Sinfonía sexual*, *Las azafatas del sexo*, *Adorables perversas*, *La insaciable*, etc; en la línea de las artes marciales, aventura de guerra y aventura detectivesca (17 títulos en total): *Las frías manos de la muerte*, *El regreso del Kung Fu Serpiente*, *Los diablos del karate*, *Los vengadores del Kung Fu*, *Nam— deber de guerra*, *Prisioneros de guerra 2*, *Comando fuerza delta*, *El último comando*, *Código de silencio*, etc; en la línea de las comedias y dramones mejicanos (5 títulos en total): *Los plomeros y las ficheras*, *Tres mejicanos caientes*, *Un macho en la cárcel de mujeres*, etc.

Frente a esta cuantía de cine deleznable, sólo 8 títulos (16.3%) anunciaban comedias de cierta potabilidad: *Tres hombres y un bebé*, *La cigüeña no espera*, etc.; y sólo 4 (8.2%) daban cuenta de material cinematográfico

con validez estética: *Fouette*, *El último emperador*, *Sin salida*, *Pelotón* (Cfr. *Ibid. Id.*).

Para rubricar el lamentable panorama, el lunes inmediato al fin de semana examinado las empresas exhibidoras anunciaron, con gran despliegue de publicidad, el estreno inminente de *Rambo III* y de *Pedro Navaja*, películas ambas con toda la acción que se quiera, con todo lo "tumbao" que se quiera, pero cada vez más alejadas de un mínimo aporte a la formación estética de un público cuyo gusto va tirando, y lo van tirando, en permanente cuesta abajo. (Cfr. *La Prensa Gráfica*, 25 de julio de 1988, págs. 59, 60 y 62).

Y es que la exhibición cinematográfica nacional pende exclusivamente, de la producción y de la distribución norteamericanas y mejicanas cuyo respectivo talante se ha ido deslizando cada vez más hacia la estridencia, la serie, lo epidérmico, lo amazotado y lo vulgar.

El mejor cine suramericano y el mejor cine europeo son desconocidos casi en su totalidad en el ámbito de la exhibición cinematográfica salvadoreña. Para un espectador medio de esta latitud los nombres de Norma Aleandro o de Liv Ullman parecen estar escritos en chino; en cambio *La Pelangocha* resulta tan familiar como la vida del vecino.

Cuando un destacado publicista y columnista salvadoreño declaró, en una entrevista televisada, la imposibilidad de reducir el fenómeno cinematográfico a Hollywood, la necesidad de pensar en otros horizontes fílmicos, incluidos los países socialistas, y la inconveniencia de sacralizar a ciertas actrices latinas únicamente por su exhuberancia somática al margen del talento actoral, le cayó al declarante una tempestad de observaciones telefónicas, cursadas por publicistas y exhibidores, como consecuencia de haber osado poner en duda unos mitos tan queridos en nuestro Broadway municipal.

En San Salvador es dable ver cine de otras

latitudes, o de otras formas de contenidos, sólo cuando alguna película va incluida en los "paquetes importados para exhibición," o cuando alguna ilusa embajada promueve contados festivales a los que poca gente va por cuanto está demasiado acostumbrada a los patrones de exhibición ya fijos como para ver y aceptar un producto diferente.

Si en otras décadas hubo salas donde el cinéfilo capitalino podía ver cine europeo, y si en los cines departamentales de aquella época también se exhibían importantes producciones italianas, francesas y alemanas (*Vuelve, El país de donde vengo, Las diabólicas, Verboten*, para el caso), en los años actuales esa oportunidad ya no existe; y si alguna vez, por casualidad, se veía alguna película de aquellas latitudes, ni la entiende, pues sus marcos de recepción están fuertemente condicionados por los modos norteamericanos y mejicanos de hacer cine. Con toda propiedad puede decirse que el gusto estético, en términos de cinematografía, se ha degradado, se ha envilecido en la gran mayoría de los espectadores actuales. A ello ha contribuido grandemente y de ello obtiene importante provecho la exhibición cinematográfica nacional.

Cuando se observa este envilecimiento y se plantea el análisis de cara frente a los filmes lenocínicos, surgen por obligación preguntas de este tipo: ¿hay tanta represión en la conducta sexual y genital del salvadoreño que todo cuanto no puede vivir en la realidad del encuentro erótico debe vivirlo compensatoriamente en la fantasía? ¿Es el refrán "Al mandado y no al retozo," tan arraigado en la salvadoreñidad, un síntoma de que en la cópula no hay pleno disfrute de sus posibilidades, sino únicamente desfogue de la tensión genital inmediata, por lo que los hombres y mujeres deben buscar sucedáneos en la mera contemplación voyerista cinematográfica?

El gusto exagerado de exhibidores y espectadores por las "artes marciales" y las

estereotipadas "aventuras de guerra," conduce también a la formulación de otras interrogantes pertinentes: ¿se ha acostumbrado y engolosinado tanto el salvadoreño con el espectáculo de la violencia y de la sangre que, además de verlo y vivirlo en la vida cotidiana con motivo de la violencia militar y de la violencia civil, necesita continuar experimentándolo frente a la pantalla de un cine? ¿Se siente el salvadoreño tan inválido e impotente frente a la nuda realidad de la violencia y de la sangre como para verse obligado a buscar la compensación momentánea en los "héroes" de la pantalla, omnipotentes frente al peligro?

Y de cara a las famosas comedias mejicanas: ¿tiene tan poca capacidad de humor inteligente el salvadoreño, como para obligarse a buscar el disfrute en el chiste de situaciones forzadas, acartonadas y equívocas, o en aquel cuya eficacia se asienta con exclusividad en el "albureo" de poca monta?

Triste. Tristísima situación si la respuesta a tales cuestiones se orienta tesoneramente por la vía afirmativa. Se trata, nada menos, que de un vergonzoso decremento en los modos de ser persona y de hacer historia.

Existen otros problemas cualitativos que, de algún modo, vale la pena por lo menos plantearlos al vuelo: la confusión, el engaño y el mal servicio al espectador constituyen un primer núcleo. A veces se ofrece como estreno lo que es una reposición; en otras, se publicita como una "orgía de sangre, sexo y violencia" —sintagma muy apetecido por la publicidad cinematográfica— algún filme cuyo contenido no guarda relación alguna con la enfermedad sugerencia; en otras, se ofrece una proyección con novedosos sistemas sonoros —el *Dolby Stereo*, por ejemplo— y a la hora de la exhibición: o la copia de la película no trae la banda sonora pertinente, o el equipo de proyección y sonido de la sala no tiene las instalaciones necesarias para dar este servicio, o los encargados de proyección y de control de aparatos en cabina no tienen el

entrenamiento técnico para cumplir con responsabilidad y eficacia su tarea. La proyección oscurecida y borrosa —deficiencia evidente en los equipos y en su mantenimiento— es otro de los problemas cualitativos con que las cadenas exhibidoras vapulean al espectador a pesar de que éste busca y paga por un servicio mejor.

A finales del año pasado, los cines subieron precios sin decir agua va; en enero los volvieron a subir sin aviso previo, sin justificación previa y sin ninguna posibilidad de control evidente por parte de alguna ley reguladora de espectáculos. Lo esperable era el mejoramiento en los servicios, pero nada fue para mejor. La programación continuó recargada hacia el mal gusto, la publicidad hacia la confusión y el engaño, la proyección hacia el uso de aparatos obsoletos o inconvenientes para asumir, en beneficio del espectador, las innovaciones de la producción cinematográfica.

Un segundo núcleo lo constituyen la presencia de una censura ineficaz y la ausencia de una crítica seria.

Todo cuanto se exhibe ha pasado ya, supuestamente, por el ojo discriminador de la censura. Entonces, ¿por qué se exhiben, casi con exclusividad, productos cinematográficos de calidad estética discutible cuando no deleznable? Si es por la dependencia excesiva de los exhibidores nacionales respecto de un sólo modo de producción y distribución realizada en o desde Estados Unidos y Méjico, la censura podría motivar a los exhibidores a buscar otros horizontes, otros distribuidores

por cuyo medio se pueda acceder al cine hecho en otras latitudes: Europa Occidental, Países Socialistas, Sur América, Australia, India.

Si el motivo obedece a una labor de censura epidérmicamente realizada, en donde cuanto interesa es salir de la responsabilidad y darle al espectador un escape para las tensiones cotidianas de la vida nacional, la censura debería caer en la cuenta de que está realmente dando un escape, pero un empobrecido y empobreciente escape.

No se trata entonces solo de prohibir o autorizar la exhibición de filmes, sino más bien de conducir, ordenar, racionalizar y ampliar el constreñido panorama actual de la exhibición hacia un amplio abanico de alternativas fílmicas para el espectador.

En este trabajo, la crítica puede ser una importante palanca de apoyo; pero una crítica cuyo talante no sea el de un instrumento publicitario más de los exhibidores, sino el de un instrumento orientador de los espectadores. Una crítica que, con responsabilidad ética y con criterio estético, vaya aquilando los filmes programados para que el espectador, con este horizonte y desde su propia libertad personal, pueda irse desagregando de la actual masa amorfa de consumidores cinematográficos. Una crítica que está por hacerse, y cuya realidad y desarrollo irán inextricablemente vinculados al modo cómo la exhibición amplíe sus posibilidades o permanezca estancada en la aberrante dársena de estos años.

F. A. E.